

DIALOGO A DUO

Casi como un género nuevo, llega a nuestras páginas esta especie de autorreportaje dialogado entre dos escritores extremeños actuales de vigorosa personalidad, jóvenes y ya en la galería de los lauros: Victor Chamorro y José Antonio Blázquez. Lo que dicen tiene sabor y envidia literaria. Oigámosles:

BLÁZQUEZ es rubio. Chamorro es moreno. Blázquez tiene unos ojillos semiescondidos entre párpados soñolientos como los de un gato al brasero. Chamorro tiene los ojos abiertos como los de un gato noctámbulo. Blázquez habla pausado, piensa y luego habla. Chamorro lo hace a borbotones. Son de la misma edad, de la misma provincia de Cáceres, de la misma generación literaria. Son universitarios. Pero ambos escriben de formas totalmente distintas. Opinan distintamente sobre la novela, son distintos en gustos y temperamento. Chamorro es latino, Blázquez tiene una mentalidad de ciudadano de país frío y sin sol y su aspecto físico tiene más de concomitancias con el de un nórdico que con el de un mediterráneo. Pero en medio de tantas diferencias están unidos por una muy parecida visión del cosmos pesi-

mista. En esta visión que les une también existen diferencias. Blázquez piensa que el mundo se arreglará muy difícilmente: «Puesto que no se puede arreglar ni siquiera un grupo reducido de personas aún deseando todo el grupo la misma cosa». Chamorro, dentro de su pesimismo, tiene una visión un poco más optimista.

Han sostenido ambos una conversación en un cuarto un poco bohemio, lleno de libros, folios escritos y folios a medio escribir. Acaban de conocerse personalmente. Se habían intercambiado sus libros con amables dedicatorias pero no habían coincidido nunca en Madrid. Tal vez porque ninguno de los dos frecuenta el café Gijón, ese lugar en donde se dan cita los que escriben, pero, sobre todo, una masa heterogénea de gente muy dispar: aspirantes a la gloria literaria, curiosos, aburridos, frustrados...

—Me encantó tu libro «No en-

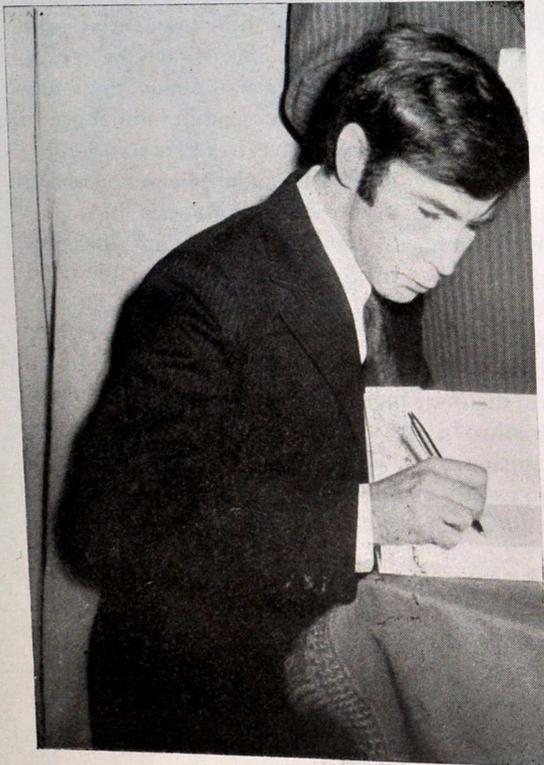
contré rosas para tu madre». ¿Por qué le quitaron la mitad del título? No me lo explico.

—Ni yo tampoco. No sé... Dicen que ya tenían hecho el cliché para la portada.

Estamos en lo que los franceses llaman la «politesse». Dice Blázquez:

—A mi me gustó mucho «El Seguro». Pero demasiado fuerte. Lo que más me ha gustado de lo tuyo han sido tus «Amores de invierno».

—Tú has editado poco, pero con



tus «Diablos» estuviste a punto de que te diesen el premio de la Crítica.

—Sí...

—Y tus dos libros están ya en el círculo de lectores.

—Pues sí...

Eso es ir de prisa, macho. ¿Qué hay que hacer para que le metan a uno en el círculo de lectores?

Pues yo no lo sé, la verdad.

Blázquez fuma rubio. Chamorro «Ducados». Son las dos de la tarde y Blázquez se cae de sueño.

Empieza a deprimirle el otoño que se acerca. Poco a poco, a medida que avanza la conversación irá sacudiendo su letargo para concluir fresco como un lechuga.

—José Antonio: ¿Por qué escribes tú?

Piensa un instante.

Dice:

—Por perfeccionarme. Por desahogarme. Por intentar conseguir una obra de arte.

—¿No escribes para comunicarte con los demás?

—No, no creo... dice un poco dubitativo.

—Entonces ¿por qué publicas? Tú has hecho una tesis doc-

toral sobre Sartre y Sartre dice que la Literatura es comunicación.

—Sí, efectivamente, lo es, aunque uno no lo piense.

Piensa unos segundos y dice resuelto:

—Sí, claro, es comunicación. Yo quiero dar a los demás una visión del mundo.

—¿Con una idea moralizadora?

—La moral depende de cada uno. Yo considero muy moral lo que he escrito hasta ahora, pero ha habido mucha gente que me ha llamado inmoral por mis escritos. Cada cual piensa como puede.

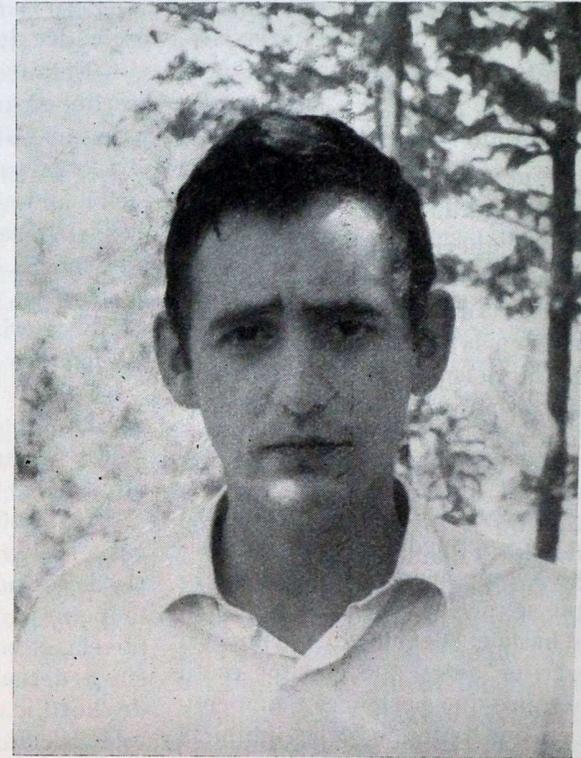
La verdad, ¿dónde está? ¿Quién puede decir la «verdad soy yo»?

Toma un poco forzado algo de coñac. Acaba de llegar de Ibiza. Allí ha estado observando el mundo hippy. Vietor acaba de llegar de Paris. Dice:

—En Francia he encontrado a la gente muy triste. Son muy distintos a nosotros, pero a mi me gusta mucho más como somos nosotros.

—Yo estuve en Grecia, en Egipto, en Londres... Me ha quitado mucho tiempo de escribir.

—Tú eres hombre de ciudad. Yo



soy hombre de pueblo. Yo en Madrid, en Paris, me deprimó.

—Yo tampoco podría vivir aquí. A Plasencia casi no he vuelto.

—Es curioso: hombres hay en Hervás y en Londres, hombres componemos las pequeñas y las grandes sociedades y tú no podrías vivir entre los hombres de un pueblo ni yo entre los de una ciudad muy populosa. Esto quiere decir que el medio, el marco en donde se desenvuelven los hombres es fundamental.

—Sí. Yo necesito ruido, actividad. Y tú lo contrario.

—Ya que hablamos del hombre ¿es para ti la base de tu novelística?

—Sí.

—¿Cómo lo definirías?

—Tal vez, como dice Sartre: una pasión inútil.

—Yo, querido José Antonio, estoy con Sartre. La función social del escritor es, primordialmente, crear en la sociedad una conciencia inquieta y el placer estético es puro cuando viene dado por añadidura.

—No estoy de acuerdo.

—Pero tú sabes que la literatura es hoy o puede ser hoy, en el siglo XX, un arma terrible. Todo lo que se escribe repercute. Repercute hasta el silencio del escritor. Un escritor antes que escritor es un hombre que pertenece a una época y por tanto no debe inhibirse de los problemas que rodean a sus semejantes. Yo opino que el hombre es una mezcla de realidades de toda índole: económicas, políticas, religiosas... El escritor que quiere ayudar al hombre, si quiere contribuir al mejoramiento de la sociedad a que pertenece, debe contar con estas realidades y buscar su mejoramiento. Debe definirse, en una palabra, socialmente. Con independencia de que también se defina estéticamente. Y debe definirse solitario, libre, sin pertenecer a un partido.

—Se define aunque no lo pretenda.

—Pero es que yo creo que debe pretender definirse.

—¿Entonces, tú no consideras escritor al que se aísla del mundo y da una visión de la realidad que él recrea para describirle a algún lector un mundo que coincida con el suyo? Llega una comunicación que, quizás, si, esté más cerca de la sicología. ¿No es para ti este señor un escritor?

—Escritor es todo el que escribe.

—En eso estamos, pero responde.

—Sí. Pero mi tendencia es la otra.

—Ya lo sé. Lei tus *Hurdes*. Me gusta la literatura puesta al servicio de los problemas del momento pero para mí la literatura, la novela, es como salir de la infancia a descubrir un mundo lleno de hostilidad, buscar de nuevo una especie de olvido de lo que se ha visto y volver otra vez al paraíso perdido de la inocencia; pero no como actitud de cobardía sino de protesta.

La habitación se ha ido llenando de humo. Caen en la calle las primeras gotas del otoño. María Teresa sirve un poco más de coñac. Blázquez sonríe y pregunta:

—Teresa. ¿Y para ti qué es la literatura?

María Teresa piensa un segundo, ríe y dice:

—Escribir todos los días a máquina.

Blázquez acaricia una perra y dice que le gustan más los gatos.

que él es como los gatos: algo hueraño en la forma. Luego lee unos folios inéditos de una novela de su amigo y dice que no opina porque la tendría que leer entera. Queda un instante pensativo y pregunta:

—¿Qué te habría gustado ser?

Chamorro parece que ya lo ha pensado muchas veces: Batería de una buena orquesta de Jazz. Pero bien pensado soy lo que tenía que ser.

María Teresa le pregunta a José Antonio que si tiene novia. El dice que no, que tuvo una novia en Londres.

—¿Qué es para ti el amor?

—No sé... Una ilusión. Algo que nace, crece, muere. Algo muy frágil. Creo en el amor pasión.

—Pero quizás sea más perfecto el cariño.

—No sé. No me he casado. Debe ser más estable y la consecuencia del amor pasión.

—Unamuno define muy bien el amor.

—¿Qué dice?

—Algo así: si le ponemos a nuestra novia una mano en la pierna sentimos un temblor, si se la ponemos a nuestra mujer ya no sentimos nada, pero si esa pierna se la cortan a nuestra mujer, sentimos que nos la cortan a nosotros.

—Muy bonito. Si, eso debe ser el cariño. El cariño puede ser acoplamiento de dos egoísmos. En el matrimonio los egoísmos llegan a acoplarse quizás por egoísmos.

—Eso es lo malo. El hombre es inmensamente egoísta. Lo es sin poder evitarlo. Lo que más quiere el hombre es a sí mismo. Por eso tal vez se dice en el Evangelio: Ama al prójimo como a ti mismo.

Siguen hablando. Fumando. Toman unas cervezas y un poco de chorizo extremeño. Blázquez habla largamente de su biografía a punto de salir de Oscar Wilde y Chamorro habla de la que va a empezar de Hemingway.

La tarde va muriendo y cuando queremos darnos cuenta los resplandores de un anuncio luminoso captan nuestra atención.

C. B.

